

Conoce lo que crees

**Recurso
adicional para
*Habla con confianza***

**Mark J.
Farnham**



P U B L I S H I N G
P.O. BOX 817 • PHILLIPSBURG • NEW JERSEY 08865-0817

©2025 por P&R Publishing

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas son tomadas de la Nueva Biblia de las Américas (NBLA), Copyright©2005 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. www.NuevaBiblia.com.

Las citas de las Escrituras marcadas como (NVI) son tomadas de la Santa Biblia, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL® NVI® ©1999, 2015, 2022 por Biblica, Inc.® Usado con permiso de Biblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Las cursivas incluidas en las citas bíblicas indican que se ha añadido énfasis.

Este recurso adicional puede imprimirse, fotocopiar y distribuirse sin límite de copias, así como traducirse a otros idiomas, siempre en conformidad con las provisiones de la licencia Creative Commons Attribution-ShareAlike 4.0 International (CC BY-SA 4.0), <https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/>. Otórguese reconocimiento al autor.

Traducción: Rodrigo Hinojosa, Querétaro, México
Corrección de estilo: Neytan Jiménez Sanabria, San José, Costa Rica
Maquetación: Francisco Adolfo Hernández Aceves, CDMX, México

1. La doctrina de la Escritura

Muchos cristianos que se interesan en la evangelización y en la apologética cometen el error común de pensar que no necesitan conocer más que el plan básico de salvación para ser buenos evangelistas. Creen que es suficiente conocer un poco sobre Jesús. Incluso, puede que crean que el conocimiento excesivo representará una limitación para la efectividad de su alcance. Como resultado, proclaman un mensaje sobre Jesús sin conocer muchos de sus detalles. En consecuencia, no saben cómo lidiar con las objeciones contra la fe cristiana porque ignoran una gran parte de la fe que están defendiendo. Son presa fácil para el incrédulo que sabe incluso un poco sobre el contenido doctrinal de la fe cristiana y de sus complejidades.

Por tanto, no es de sorprender que muchos cristianos eviten interactuar con los incrédulos, ya sea porque han tenido alguna conversación desagradable en la que no han podido responder a una objeción que les planteó un incrédulo o porque, en verdad, ni siquiera saben qué creen. Lo peor es que puede que muchos tengan graves dudas respecto a lo que han aprendido porque no se han dado el tiempo para estudiar su fe.

No es de sorprender que la clave para convertirse en un evangelista y apologeta efectivo sea conocer la Escritura

y la sana doctrina. Conocer de forma plena lo que creemos nos dará un fundamento firme para desafiar la cosmovisión de aquellos que rechazan la verdad del evangelio. En lugar de lanzarse a evangelizar antes de saber siquiera lo que están proclamando, los cristianos deberían comenzar a tomarse el tiempo y el esfuerzo para obtener un entendimiento sistemático de sus creencias y de las Escrituras en las que están fundamentadas.

La relación entre la apologética y la teología

La teología es, en términos esenciales, el estudio de Dios. La palabra *teología* es una combinación de dos palabras griegas, *theos* (Dios) y *lógos* (una palabra acerca de, o el estudio de). La teología cristiana estudia todo lo que Dios ha revelado sobre Sí mismo, Su creación y Su plan divino. Aunque incluso un niño puede entender la teología en su forma básica, también puede fascinar a las mentes más brillantes con su complejidad, profundidad y belleza porque es el estudio del Dios infinito, eterno y divino.

La apologética es, en primer lugar, una disciplina bíblica y teológica. Esto sorprende a muchos que la consideren primeramente una disciplina filosófica. Aunque la apologética suele lidiar con las mismas preguntas que se plantean los filósofos y, en ocasiones, incorpora contribuciones de la filosofía, no es en términos fundamentales una actividad filosófica. La filosofía rechaza la revelación divina; por tanto, no puede proporcionar una descripción verdadera de la realidad ni tampoco una solución para la redención de la creación.

Así pues, nuestra apologética debe estar en sintonía con nuestra teología. Más aún, debe surgir de nuestra teología y estar bajo su control. Nuestra teología determina nuestro método apologético, no al revés. Si nuestra teología nos dice que la caída corrompió al ser humano

completamente, al punto de que su intelecto está dañado y su corazón totalmente depravado, no podemos elaborar un método apologético que dependa de la objetividad y bondad de la humanidad. Por lo tanto, si conocemos bien la sana doctrina, tendremos argumentos intelectuales más poderosos en contra de la incredulidad.

Nuestras convicciones doctrinales comienzan con un estudio fiel de la Biblia. Debemos pasar del texto de la Escritura a nuestro sistema teológico y, luego, a nuestra metodología apologética. Esto tiene el beneficio de darnos una congruencia lógica, algo importante dado que nuestro objetivo es revelar las incongruencias y contradicciones lógicas en la cosmovisión del incrédulo. Mientras más conozcamos la Escritura, más fuertes serán nuestras conclusiones teológicas, lo que a su vez fortalecerá nuestra defensa de la fe.

La doctrina de la Escritura

La doctrina de la Escritura es una de las más importantes que debemos conocer a profundidad, porque la Biblia es el fundamento de todo lo que sabemos. La Escritura también es el blanco de muchos ataques en contra del cristianismo, de manera que, mientras mejor conozcamos cómo se escribió, qué dice sobre sí misma, su naturaleza histórica y su lugar en la teología cristiana, mejor podremos defender la fe cristiana en su totalidad.

¿Qué es la Biblia?

Existen muchas ideas respecto a lo que es la Biblia. Algunos creen que es básicamente igual a los demás libros sagrados de las religiones del mundo: reflexiones de gente piadosa sobre su experiencia con lo divino. Otros creen que la Biblia es simplemente una colección de mitos que

algunos creen equivocadamente que son verdad. Por el contrario, la perspectiva cristiana es que la Biblia es la revelación que Dios nos dio de Sí mismo y de Su plan divino para redimir al mundo. Así pues, la Biblia es la misma Palabra de Dios para Sus criaturas, con el propósito de redimirlas. En 2 Timoteo 3:16, se nos dice que las palabras de la Escritura son las mismísimas palabras de Dios, inspiradas por Él. Esto es lo que llamamos la doctrina de la *inspiración*. Dios Espíritu Santo movió a los escritores humanos a redactar Sus palabras, de manera que cada una de ellas, así como el producto final, fueran exactamente lo que Dios quería escribir y no tuvieran errores. Esto es lo que llamamos la doctrina de la *inerrancia*.

Como Dios es, en última instancia, el autor de la Escritura, todo Su poder y autoridad están infundidos en ella. La Biblia no es un libro muerto ni una sustancia inerte sin poder. En cambio, las palabras de la Escritura, al ser las mismas palabras de Dios, tienen un poder increíble para descubrir, convencer y transformar el corazón humano (He 4:12). Los incrédulos suelen creer que los cristianos solo seguimos las enseñanzas e instrucciones de un libro inerte de dos mil años de antigüedad, lleno de datos y de mandamientos. En realidad, los cristianos seguimos al Dios viviente que ha hablado por medio de Su Palabra, que es en sí misma un documento vivo y poderoso. Al defender la Biblia, debemos tener esto en mente.

Nuestra relación con la Biblia no es como leer un manual para armar una bicicleta, sino más bien como leer una invitación personal, escrita a mano, del presidente de nuestro país para cenar con él todas las semanas en el palacio presidencial. Por supuesto, una invitación así incluiría algunas instrucciones, pero su intención principal sería invitarte a formar parte de una relación con un gobernante bondadoso y poderoso que quiere invitarte a servirlo en un puesto prestigioso. Más aún, es como

recibir un documento legal donde se te informa que has sido adoptado en una familia que te ama y que quiere que vayas a casa para formar parte de ella.

A veces, los incrédulos culpan a los cristianos por creer en la Biblia, pero pasan por alto este punto. Los cristianos no creemos en la Biblia porque queramos vivir con todas las reglas posibles. Más bien, creemos en la Biblia porque hemos descubierto que esta traza el camino hacia una relación restaurada con Dios. La Biblia va aún más allá y enseña claramente cómo podemos participar en la gran obra de redención de Dios en esta vida y cómo podemos tener paz y gozo por toda la eternidad en la siguiente.

Otro detalle sobre la Biblia que muchos incrédulos no conocen es que, aunque es un único libro, es también una colección de sesenta y seis libros con un mensaje unificado. Es una librería vinculada por el tema de la redención. La Biblia se escribió en el transcurso de mil cuatrocientos años, por más de cuarenta autores y, sin embargo, su mensaje es uniforme. El Antiguo Testamento se escribió en un transcurso de mil años, pero el pueblo judío preservó sus manuscritos con cuidado para garantizar su precisión. El Nuevo Testamento se escribió en el transcurso de cincuenta años y la iglesia cristiana lo preservó con sumo cuidado (en una sección posterior, abordaremos con más detalles el tema de la confiabilidad de la Biblia).

Además, los libros de la Biblia están compuestos por muchos estilos de redacción diferentes, o *géneros*. En el Antiguo Testamento, estos incluyen libros de leyes (Génesis-Deuteronomio), de historia (Josué-Ester), de poesía y de literatura sapiencial (Job-Cantar de los Cantares) y de profecía (Isaías-Malaquías). En el Nuevo Testamento, tenemos Evangelios o biografías (Mateo-Juan), historia (Hechos), epístolas (Romanos-Judas) y literatura apocalíptica (Apocalipsis). Cada uno de estos géneros tiene un propósito diferente en el desarrollo de la historia de la redención.

Esto es importante porque, muchas veces, los incrédulos no saben nada de cómo llegó a escribirse la Biblia ni de sus diferentes géneros, mucho menos de la manera correcta de interpretarlos. Saben que la Biblia es antigua, pero no mucho más que eso, excepto quizás que contine historias milagrosas. Ciertamente, la Biblia es una obra literaria asombrosa por cuenta propia, además de ser la revelación de Dios que tiene el objetivo de restaurarnos a Él. Una de las metas de la apologética es lograr que el incrédulo lea la Biblia de forma personal. A lo largo de los siglos, hay incontables ejemplos de individuos que han llegado a la salvación solo por leer la Biblia.

¿Cómo obtuvimos la Biblia?

La Biblia no cayó del cielo como un producto terminado en las manos del hombre. Tampoco fue, como lo afirman tanto el mormonismo como el islam, traducida de tablas de oro en una colina o en una cueva. Más bien, Dios se comunicó con los autores humanos de diferentes maneras y guio sus escritos para que lo que escribieran fuera lo que Él quería revelarles. Aunque 2 Timoteo 3:16 nos explica qué es la Escritura, el pasaje más claro que describe este proceso se encuentra en 2 Pedro 1:16-21.

En este texto, podemos ver que los autores humanos que escribieron los libros de la Biblia no lo hicieron por iniciativa propia (2 P 1:19-21). No decidieron sentarse a escribir textos sagrados. Más bien, a medida que el Espíritu Santo se movía en su corazón y en su mente, escribieron estos pensamientos divinos, mediados a través de su personalidad y estilo. El resultado final es la Escritura que comunica de forma precisa lo que Dios quería decir —los seres humanos fueron solamente los instrumentos de Su revelación—. La palabra que se traduce «inspirados» también significa «llevar» o «mover» y se usa para

describir el efecto que el viento tiene sobre la vela de una embarcación. El viento sopla sobre la vela que, a su vez, empuja hacia adelante la embarcación. Pedro está diciendo que el Espíritu Santo tomó la iniciativa de la revelación a los escritores de la Biblia y que estos escribieron bajo Su influencia y guía.

Una de las preguntas que más escucho tiene que ver con la confiabilidad de la Biblia después de tanto tiempo. Muchos críticos afirman que es imposible saber cuáles fueron las palabras originales de la Escritura por causa de los errores en sus copias. Hay dos ejemplos que desmienten esta idea. Primero, el Antiguo Testamento fue preservado cuidadosamente por escribas profesionales en Israel cuya tarea principal era la preservación de los textos antiguos. Su éxito en esto se demostró en 1947 con el descubrimiento de los Rollos del Mar Muerto en Israel. Entre estos rollos se hallaba una copia de Isaías que ha sido fechada al año 100 a. C. Previo a este descubrimiento, la copia conocida más antigua de Isaías se remontaba al 900 d. C. Por lo tanto, la diferencia entre estas dos copias era de unos mil años. Los eruditos se sorprendieron al descubrir que las copias eran prácticamente idénticas, con diferencias mínimas. Las únicas diferencias eran errores ortográficos menores que no afectaban de ningún modo el significado del texto de Isaías. Jesús consideraba a las personas como responsables ante las palabras del Antiguo Testamento, lo que demuestra Su creencia en que habían sido preservadas fielmente hasta Su época.

Los manuscritos del Nuevo Testamento son igual de confiables. Cuando comparamos los más de cinco mil cien manuscritos que datan de los siglos II al XV, estos son entre 98 % y 99 % idénticos; el 1 % o 2 % restante son en su mayoría variaciones ortográficas y errores sencillos cometidos por escribas posteriores que fácilmente pueden identificarse como errores de copiado.

La conclusión es que la Biblia es extremadamente confiable, incluso en sus partes que tienen más de tres mil quinientos años de antigüedad. Esto significa que, cuando confesamos que la Biblia es nuestra fuente de doctrina y de vida, podemos afirmarlo con confianza.

¿Qué papel tiene la Biblia en la doctrina cristiana?

Desde el momento de la Reforma, los cristianos han resumido sus creencias respecto a la Biblia con cuatro palabras. Estos atributos de la Escritura son suficiencia, claridad, autoridad y necesidad.

Primero, la *suficiencia* de la Escritura significa que la Biblia contiene todo lo que necesitamos saber para la salvación y para vivir de una manera que agrada a Dios (2 P 1:3). No se le necesita agregar nada para compensar ninguna falla. Es un documento terminado y completo que comunica todo lo que los cristianos necesitan saber sobre Dios para relacionarse de forma correcta con Él y vivir de manera piadosa en este mundo (2 Ti 3:16-17).

La suficiencia también significa que la Escritura es la palabra definitiva de parte de Dios (He 1:1-2). Así como Jesús es la revelación final de Dios y es la Palabra Viva de Dios, la Biblia declara objetivamente todo lo que Dios quiso que supiéramos de Él. Por eso, no podemos agregar ni eliminar nada de la Biblia (Ap 22:18-19). Aunque la tradición puede ayudarnos a entender cómo comprendieron los cristianos del pasado la Escritura y nos da también un patrón para la fidelidad en la vida cristiana, la Biblia es el árbitro final de la verdad.

Segundo, la *claridad* de la Escritura significa que la doctrina de la Escritura respecto a la salvación y la vida piadosa puede ser entendida por cualquiera que busca estudiarla en fe. Esto no significa que todas las partes de la Escritura sean igualmente claras; es cierto que algunas son

difíciles de comprender. Sin embargo, sí significa que Dios no ha ocultado el significado de Su revelación detrás de terminología confusa ni esotérica. La mayor parte de la Biblia está escrita en un lenguaje claro y directo. Es descrita como una lámpara que ilumina nuestro camino (Sal 119:105) y que conduce claramente a la verdad y al entendimiento.

La claridad también significa que no necesitamos que un experto religioso nos interprete la Biblia. Todo cristiano tiene el Espíritu Santo en su interior y Él lo dirige a la verdad (Jn 16:13). Esto no significa que podamos determinar el significado de la Biblia por cuenta propia, ni tampoco que no tengamos que apoyarnos en la comunidad de la iglesia ni en el entendimiento teológico de los cristianos del pasado; más bien, significa que la Biblia no es incomprendible para nosotros y que no necesitamos que un sacerdote ni ninguna autoridad religiosa nos diga lo que significa de manera definitiva.

Tercero, la *autoridad* de la Escritura significa que la Biblia es la revelación de Dios mismo y que tenemos la obligación de leerla y de obedecerla. Todo lo que dice la Biblia es verdadero y debe ser el factor decisivo en cualquier debate respecto a la verdad. Esto no significa que otras disciplinas humanas no nos ayuden a entender nuestro mundo, pero sí que, cuando contradicen alguna afirmación clara de la Escritura, debemos aceptar que la verdad está en ella. Esto es debido a que la Biblia es la misma Palabra de Dios y, como tal, cuenta con la autoridad del mismo Dios.

La autoridad de la Escritura también implica que es confiable, sin errores y congruente. Esto ha sido desafiado de incontables maneras por la ciencia, la historia, la arqueología, la filosofía y otras disciplinas, pero la Biblia siempre ha superado el escrutinio de la mente humana. Los incrédulos buscan elevar su razón y autoridad por sobre la Biblia, pero siempre han fracasado. Cualquier cosa

que el hombre considere ser más sabio que Dios termina por ser una necesidad (1 Co 1:18-21).

Cuarto, la *necesidad* de la Escritura significa que, si Dios no se hubiera revelado a nosotros, no podríamos conocerlo. Aunque sí podemos conocer muchas cosas de Dios por medio de la revelación *general* —lo que puede verse en el orden creado (Ro 1:19-20)— las Escrituras son necesarias para saber que Jesús murió y resucitó para salvarnos. Dios es divino, perfecto e infinito. Nosotros somos creados, caídos y finitos. Dios es tan diferente a nosotros que no tenemos otra manera de conocerlo. Sin embargo, Él condescendió a revelarse a Sí mismo a nosotros para que nosotros pudiéramos restaurar nuestra relación con Él. Dios nos ha hablado de una manera clara, traducible, objetiva y conservable.

Si Dios no se hubiera revelado en la Biblia, no tendríamos manera de conocer la historia de la redención que ha efectuado en nuestro beneficio. Como Él nos ha dado Su Palabra, podemos conocer todas las riquezas de Su regalo de salvación a través de Cristo. La necesidad de la Palabra de Dios para la salvación significa que, a menos que alguien le lleve la Palabra de Dios a los incrédulos, estos nunca sabrán cómo ser salvos (Ro 10:13-15).

Conclusión

Para poder defender la fe cristiana, debemos saber lo que la Biblia enseña respecto a sí misma y lo que los cristianos siempre han creído sobre ella. La Biblia es la roca firme de todo lo que creemos y el fundamento de todo lo que llamamos conocimiento. Es importante tener un entendimiento claro de la Escritura, en especial a la luz de los muchos malentendidos y desafíos que se presentan en contra de su confiabilidad.

Además, es importante que los cristianos lean y conozcan la Biblia en un nivel personal. No sirve de nada defender la fe cristiana, compartir el evangelio y proclamar la verdad de la Biblia si no la leemos ni meditamos en ella todos los días en lo individual. La Biblia no es un libro de datos que memorizar; es la revelación del Dios vivo que debemos entender, creer y obedecer. Solo entonces, tendrá el efecto transformador que debe tener en nosotros. Las Escrituras transforman más que nuestro conocimiento; también renuevan nuestro corazón y mente, nuestras palabras y acciones y hasta nuestro mismo ser.

Esta es una de las razones por las que antes, en el libro, aprendimos que una de las mejores maneras de convertirse en un buen apologista y evangelista es conocer las Escrituras y la sana doctrina de manera profunda.

Cuando comemos, soñamos y respiramos las Escrituras, nuestros sentidos se ejercitan para discernir y refutar argumentos falsos e idólatras (He 5:11-14). El Espíritu Santo utiliza nuestro conocimiento de las Escrituras para dar a nuestra mente la habilidad sensible de saber qué decir en el momento preciso. A medida que consideras el papel de la Biblia en la apologética, mi esperanza es que llegues a ser un apologista profundamente bíblico.

2. La doctrina de Dios

Ahora que hemos demostrado la autoridad que tienen las Escrituras para revelarnos a Dios, podemos pasar a lo que Dios dice sobre Sí mismo y sobre nosotros. Tristemente, la doctrina de Dios es uno de los temas más ignorados por muchos cristianos. El mismo Dios al que estamos defendiendo nos es prácticamente desconocido. En el capítulo anterior, explicamos que la teología es el estudio de Dios. Sin embargo, no estudiamos a Dios como lo haríamos con una bacteria bajo el microscopio. En cambio, lo estudiamos como criaturas finitas y caídas que aprenden sobre un ser infinitamente más grande que se nos ha revelado con el propósito de tener una relación con nosotros. Estudiamos a Dios como seres humanos desesperados y necesitados que hemos recibido un mensaje de paz y de bendición de parte de un Rey benevolente que ha derramado sobre nosotros gracia sobre gracia.

En este libro tenemos un espacio limitado, de manera que solo podemos abordar algunos cuantos puntos respecto a Dios y al hombre. Por tanto, nos concentraremos en las verdades teológicas que sirven como fundamento para nuestros esfuerzos apologéticos.

La Trinidad de Dios

La mayoría de las religiones asiáticas, el animismo y las religiones antiguas de Grecia, Roma y Babilonia enseñaban el politeísmo, la existencia de muchos dioses. Por otro lado, el judaísmo, el islam y el mormonismo enseñan que Dios es uno, sin distinciones. En cambio, el Dios de la Biblia, Yahweh (Jehová) es al mismo tiempo uno y tres. Esto es lo que llamamos la Trinidad de Dios. Este es uno de los conceptos más difíciles de entender, porque no hay nada en este mundo a lo que podamos comparar esta doctrina.

No hay analogía humana que pueda ilustrar de forma adecuada la relación entre estas verdades: Dios es uno y trino. Las analogías como los tres estados del agua (líquido, sólido y gaseoso) o las tres partes de un huevo (cáscara, clara y yema en un solo huevo) no ilustran de forma precisa la Trinidad de Dios. Es algo que creemos porque la Escritura lo enseña, no porque podamos entenderlo plenamente. Como somos criaturas finitas y caídas, debemos esperar que algunos de los atributos de Dios superen nuestra habilidad de comprensión. Nuestra mente es similar a una calculadora, mientras que la naturaleza de Dios es más como el sistema operativo de una supercomputadora. No podemos descargar ni ejecutar ese sistema operativo por la sencilla razón de que no tenemos la capacidad de hacerlo. Si Dios no excediera nuestra habilidad para comprenderlo, ¿cómo sería digno de nuestra adoración? Por tanto, podemos aceptar la doctrina de la Trinidad que nos presenta la Biblia y sondear sus profundidades tanto como queramos, pero, en algún punto, nos daremos cuenta de que nuestra habilidad para comprenderla se queda muy corta.

Para los propósitos de este estudio, solo enfatizaremos aquí algunos puntos sobre la naturaleza trina de Dios.

Primero, que Dios es tres y uno en la misma medida. No es más uno que tres, ni tampoco más tres que uno. Hablamos de una esencia en tres personas y de tres personas en una esencia. Nos referimos a Dios como un ser individual que piensa, siente y conoce. Cuando Jesús clamó a Su Padre en la cruz, no estaba hablando consigo mismo, sino más bien con Dios Padre. Sí, ambos son Dios. Las tres personas de la Trinidad reciben el título Dios en las Escrituras, pero son distintas entre Sí.

El Padre es llamado Dios (Ro 1:7; 15:6; 1 Co 1:3; 8:6). El Hijo es llamado Dios (2 P 1:1; Tit 2:13), se llama a Sí mismo Dios (Jn 5:18) y acepta adoración como Dios (Jn 20:28-29). El Espíritu es equiparado con Dios (Hch 5:3-4) y es Aquel que escudriña la mente de Dios (1 Co 2:10-11). Así pues, es evidente que las Escrituras enseñan que cada una de las personas de la Trinidad es Dios. Sin embargo, Dios uno solo. La unicidad de Dios fue el fundamento de la religión judaica, en contraste con las religiones politeístas de las naciones que rodeaban Israel (Dt 6:4; Is 44:6-8). Del mismo modo, el Nuevo Testamento enfatiza repetidamente que solo hay un Dios (Jn 1:18; Ef 4:6; 1 Co 8:6; 1 Ti 2:5).

Algunos dirían que la Trinidad es una contradicción, pero, evidentemente, no lo es. Una contradicción sería afirmar: «Dios es uno y Dios no es uno». En cambio, la doctrina cristiana de Dios afirma que Dios es uno y tres y que estas dos verdades deben entenderse de maneras diferentes. Dios es uno en esencia y tres en persona. Estos términos no pueden revertirse. Dios no es tres esencias. Esto haría que nuestro entendimiento de Dios fuera politeísta: una creencia en tres dioses. Más bien, hay una sola esencia divina. Dentro de esa esencia divina única hay tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Esto hace de la Trinidad una paradoja, es decir, una *aparente* contradicción: no una contradicción en realidad. Una paradoja es algo difícil (aunque no imposible)

de reconciliar en términos lógicos e intelectuales. Ciertamente, la Trinidad es una de las doctrinas más difíciles que los cristianos creemos y, sin embargo, lo hacemos porque la Biblia lo enseña.

Una de las fortalezas de la perspectiva cristiana de Dios es que puede responder a la pregunta fundamental de la filosofía: la pregunta de «lo uno y lo múltiple». El problema de lo uno y lo múltiple plantea la pregunta de cómo la existencia (lo uno) se relaciona con todas las cosas individuales que existen (lo múltiple). El consenso es que este es el problema más fundamental al que se enfrentan los filósofos. Aunque no tenemos aquí espacio para explicar la idea, simplemente señalaremos que, en el Dios trino, lo uno y lo múltiple existen en perfecta armonía. En otras palabras, el ser de Dios es el fundamento para responder al cuestionamiento más fundamental de la filosofía.

La personalidad absoluta de Dios

Segundo, Dios es absoluto y personal. El Dios a quien defienden y en quien confían los cristianos es un Dios personal, es decir que posee racionalidad y consciencia de Sí mismo. Esto es evidente en la medida en que se comporta como una persona: crea, habla, dirige, juzga, da, ama, controla, castiga, desea y muchas acciones más. Puede ser agradado, molesto, enojado, traicionado, entristecido y apaciguado. Dios se relaciona con nosotros como una persona que nos entiende, se comunica con nosotros y nos responde. Él no es una fuerza ni una idea, sino un Dios personal que busca a aquellos que ha creado a Su imagen para restaurar Su relación con ellos. Así como cada miembro de la Trinidad es personal, el Dios trino también lo es. Estos conceptos van más allá de nuestro entendimiento, pero son consoladores porque nos recuerdan que, en Dios, no hay aspecto impersonal alguno. Dios no es solo una

fuerza ni una «cosa». Es totalmente personal y se relaciona con nosotros de una manera personal.

Tercero, el Dios cristiano es absoluto. Él es todopoderoso, omnisciente y omnipresente. No comparte Su poder con nadie. Es el único Dios en el universo y toda la autoridad está en Él. No hay una relación tipo yin-yang entre Dios y Satanás. No hay dos lados igualmente poderosos de la fuerza, un lado oscuro y otro luminoso. Solo Dios es increado y eterno y todo lo demás que existe es creado, finito y caído.

Los atributos personales y absolutos de Dios se contrastan marcadamente con los de los dioses impersonales de la filosofía, el islam, el budismo y el deísmo. Estos sistemas de creencias postulan a un dios no muy diferente a la fuerza de gravedad: muy poderoso, pero sin relacionarse. Por otro lado, muchas religiones tienen dioses personales que no son absolutos. El panteón de dioses griegos, romanos y egipcios son un buen ejemplo de esto, al igual que los trescientos treinta millones de dioses del hinduismo y los seres espirituales de las religiones asiáticas y tribales. Todos los dioses falsos son personales o absolutos, pero no ambas cosas. Solo el Dios cristiano es personal y absoluto.

La aseidad de Dios

Finalmente, Dios es *a se* (en Sí mismo). Aseidad significa que Dios es autoexistente, autosuficiente y supremo. Él no necesita nada fuera de Sí mismo. A diferencia de los dioses paganos, el Dios cristiano no necesita absolutamente nada de nosotros. Pablo habló de esto como punto central en su discurso a los filósofos atenienses en Hechos 17. En las religiones paganas, la gente necesitaba a los dioses y los dioses necesitaban a la gente. Pablo informa a sus lectores que el Dios verdadero no necesita nada

de nosotros. Por el contrario, nosotros necesitamos todo de Él: «En Él vivimos, nos movemos y existimos» (17:28).

Dios no necesitaba crear el mundo ni tampoco salvarnos. No nos necesita para ser plenamente Dios, como algunos argumentan. En cambio, nosotros sí lo necesitamos para todo, incluyendo para el sustento de todo el universo (Col 1:15-20). Antes de la creación, las personas de la Trinidad tenían una relación eterna, perfecta, personal y de amor entre Sí. Nada les faltaba ni estaba incompleto. La realidad de que Dios creara un mundo que sabía que se rebelaría contra Él y que escogiera salvar eternamente a pecadores indignos por medio de la muerte del Hijo demuestra que, en Su esencia, Dios da y ama por el bien de otros y para Su gloria. Este es el Dios cristiano al que buscamos compartir y defender en nuestros esfuerzos apoloéticos.

Por tanto, es importante que, cuando los cristianos defienden a Dios, tengan en mente Sus atributos distintivos para que no caigan en la trampa de intentar defender a un Dios en el que no creen en verdad. Por ejemplo, si un incrédulo dice: «Yo no puedo creer en un Dios que creó el mundo y se alejó de él para verlo desmoronarse», nuestra respuesta debe ser algo como: «Yo tampoco creo en un Dios así». No debemos defender una distorsión del Dios que se revela en la Escritura, sino más bien al Dios verdadero de la Escritura.

Conclusión

La verdad de Dios no solo es importante para la apologética, sino también para la totalidad de la fe cristiana. Estas verdades sobre la naturaleza trina y la personalidad de Dios son preciosas para el creyente porque nos muestran quién es Dios en verdad. Como resultado, llegamos a conocer a Dios de manera más precisa y esto nos acerca a Él. Cuando conocemos a alguien con mayor detalle, nuestra

amistad se fortalece. Mientras más conozcamos a Dios a través de la Escritura, más se fortalecerá nuestra relación y, como resultado, también nuestros esfuerzos apologéticos. En el siguiente capítulo, analizaremos una doctrina más: la doctrina del ser humano y su caída en el pecado.

3. Las doctrinas del ser humano y del pecado

Somos diferentes al resto de la creación porque fuimos hechos a la imagen de Dios. No somos como los animales ni como los ángeles, porque fuimos creados para reflejar la gloria y la imagen de Dios. En la creación, solo el ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios. Esto explica en parte por qué todo ser humano no tiene excusa delante de Él: su mismo propósito es tener una relación con Él. Negar a Dios cuando fuimos diseñados para reflejar Su gloria es rebelarnos en contra de todo lo que somos. Negar la existencia de Dios es negar nuestra misma humanidad.

Para ser breves, solo abordaremos algunos puntos sobre el ser humano y el pecado. Una vez más, nos concentraremos en verdades teológicas que nos servirán de fundamento para nuestros esfuerzos apologeticos.

El ser humano y el pecado

La perspectiva que una religión o cosmovisión tiene del ser humano nos dice mucho sobre su manera de interpretar

asuntos de suma relevancia, como el significado y propósito de la vida, la dignidad humana, lo que está mal en el mundo y la naturaleza del bien y el mal. En muchas cosmovisiones, el hombre no es más que un producto de la fuerza ciega de la evolución. Esto lo convierte en un accidente de la naturaleza, porque no puede haber inteligencia en el universo. En esta perspectiva, el hombre no es más que un animal y no puede derivarse ningún propósito ni significado de estas fuerzas aleatorias. Sin embargo, esta perspectiva también vuelve imposible defender la dignidad humana y la ética. Si el hombre es solo un animal, entonces la violencia, la enfermedad y la calamidad son solo parte natural de la vida.

Según otras perspectivas, como la religión de la Nueva Era, el hinduismo y la mayoría de las religiones asiáticas, el ser humano es divino, un producto de los dioses. El hombre encuentra su dignidad en que lleva dentro de sí una chispa de lo divino, o bien, en que es parte de dios, igual que todo lo demás. No obstante, uno de los problemas con esta perspectiva es que los seres humanos supuestamente divinos cometen actos malos. Si un ser divino hace algo malo, ¿qué lo hace ser malo? Y, si consideramos la cantidad de maldad en el mundo, ¿de qué sirve entonces lo divino en el mundo? Si todas las cosas son igualmente divinas, entonces estas preguntas no tienen una respuesta satisfactoria.

En cambio, la perspectiva bíblica del ser humano da respuesta a las preguntas más trascendentales de la humanidad, como: ¿De dónde vengo? ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué está mal en el mundo? ¿Quién soy? ¿Cuál es mi propósito? Y ¿a dónde voy?

Al igual que con la doctrina de la Trinidad, solo podremos abordar aquí algunos puntos. Primero, el ser humano fue creado a la imagen de Dios. La Biblia enseña que el hombre es una creación especial de Dios, diferente de

los animales en virtud de ser creado a la imagen de Dios (Gn 1:26-27). En este sentido, el ser humano es mayor que los ángeles, que no son portadores de Su imagen. Ya que el hombre fue creado a la imagen de Dios, posee valor y dignidad intrínsecos, independientes de sus hechos. Esta dignidad es tan fundamental que, por causa de la imagen de Dios, asesinar es cometer un crimen contra Dios mismo. Como resultado, Él exige que las autoridades pertinentes tomen la vida de un asesino, para demostrar la terrible naturaleza de este acto (Gn 9:6).

La imagen de Dios nunca se explica de forma explícita en la Escritura, pero la mayoría de los teólogos concuerdan en que tiene que ver con la racionalidad, el sentido del bien y del mal y el conocimiento implantado de Dios. Estas cualidades inherentes demuestran que Dios es un ser personal y moral que se ha revelado a toda persona. Nuestro llamado como seres humanos es conocer a Dios por medio de Cristo, llevar una vida marcada por la sabiduría y la obediencia a Dios y compartir las buenas nuevas de Jesucristo, la sabiduría de Dios. Esta característica de la humanidad (que somos creados a la imagen de Dios) es clave para la identidad humana y la comprensión de nuestra posición en el mundo de Dios. Dios es el eterno YO SOY y nosotros somos un ícono o una imagen que refleja la gloria del YO SOY. El reflejo no merece alabanza ni adoración, solo la realidad. Para resumir la analogía que estudiamos previamente en el libro, si un soldado lleva consigo una fotografía de su esposa en el campo de batalla, la mira para recordar su belleza. Sin embargo, la fotografía puede desvanecerse y arrugarse en un solo día. Cuando regresa con su esposa, deja de mirar la fotografía para dirigir su mirada hacia la belleza de su esposa que ahora está delante de él. De la misma manera, debemos reflejar de tal manera la gloria de Dios que los demás quieran adorarlo cuando vean nuestra vida.

Segundo, el hombre es diferente de Dios. Muchas religiones mundiales, en especial las asiáticas, tienen una perspectiva monística del mundo. Es decir, creen que todas las cosas que existen son iguales en esencia. Todas las cosas participan del ser, aunque Dios o los dioses poseen más ser que nosotros, las criaturas. En estas religiones, la meta es eliminar las distinciones entre el ser humano y los dioses; en otras palabras, ser absorbidos en el Ser divino y dejar de existir.

Sin importar los detalles, el hombre no es muy diferente en esencia a Dios (o no es diferente en absoluto). Podemos describir esta perspectiva de la siguiente manera:



En contraste, la perspectiva cristiana de Dios es totalmente diferente. Nosotros creemos en lo que llamamos la distinción entre el Creador y la criatura. Esta perspectiva enseña que Dios es totalmente diferente de nosotros. Él es infinito, santo y divino. En contraste, nosotros somos finitos, caídos y creados. Dios siempre ha sido Dios y siempre lo será. Nosotros somos criaturas (seres creados) y siempre lo seremos, incluso cuando recibamos un cuerpo glorificado en la eternidad.

Ya que somos criaturas finitas y caídas, no podríamos saber nada del Dios infinito, santo y sobrenatural a menos que Él mismo se nos revele a nosotros. Por esta razón el Dios cristiano es único. Él no solo nos anuncia quién

es, sino que continuamente desciende para revelarse a nosotros. Esto es lo que llamamos la condescendencia de Dios. A lo largo de toda la Biblia, Dios se rebaja al nivel de Su creación para mostrarnos y decirnos quién es y cómo podemos reconciliarnos con Él. Además de esta revelación, Dios guía en Su providencia todas las cosas mediante Su soberano poder. Estas dos cosas (la revelación y la providencia) son las formas en las que nosotros como criaturas podemos conocer al Dios trino.

La perspectiva cristiana puede describirse de la siguiente manera:



En Génesis 1:2, se nos dice que el Espíritu Santo se movía sobre las aguas durante el proceso de creación divina. En Génesis 3:8, Dios desciende para confrontar a Adán y a Eva por haber comido del fruto prohibido. En Génesis 7:16, Dios mismo cierra la puerta del arca. En Génesis 32:24-32, Dios lucha con Jacob y le da un nuevo nombre. En Éxodo 3:7-8, Dios desciende para ver el sufrimiento de Su pueblo antes de sacarlos de Egipto. Una y otra vez a lo largo de toda la Biblia, Dios desciende al

nivel de Su pueblo, los protege, habla con ellos y los rescata. Esto culmina en la encarnación del Hijo de Dios al asumir una naturaleza humana además de la divina con el nacimiento de Jesús. En este sentido supremo, Dios ha descendido, se ha revelado a nosotros y nos ha reconciliado consigo mismo.

La perspectiva de la distinción entre el Creador y la criatura nos recuerda que Dios no es como nosotros y que Sus caminos no son nuestros caminos (Is 55:8-9). Uno de los distintivos del cristianismo es que no hacemos imágenes de Dios porque, invariablemente, los que las hacen se forman ídolos en semejanza de otras cosas creadas (Ro 1:22-23). Sin embargo, Dios es tan diferente a nosotros que nos prohíbe fabricar ídolos porque nada puede representarlo correctamente. En cambio, Él se ha revelado a nosotros en Su Palabra y a través de Su Hijo. Esto significa que podemos conocerlo porque Él mismo se ha revelado a nosotros.

Algunos, como los agnósticos, buscan argumentar que, incluso si Dios existiera, no podríamos conocer nada sobre Él. Esto sería verdad, si no fuera por la realidad de que Dios se ha revelado a nosotros. Por eso es tan importante para los cristianos la doctrina de la Escritura. Cuando reconocemos que la Biblia es la Palabra de Dios para nosotros, podemos escapar a nuestra propia ignorancia.

Tercero, el ser humano fue diseñado para representar a Dios en la tierra. El ser humano no solo es creado a la imagen de Dios, sino que también, desde el principio, recibió un propósito en las tareas que se le asignaron en el huerto del Edén. Génesis 1:28-30 nos recuerda que el hombre debía gobernar sobre la tierra y cultivarla. Esto significa que Adán y Eva debían desarrollar los recursos naturales de la tierra para su disfrute, placer y comodidad. Todo lo que tenemos en el mundo moderno hoy, desde el telescopio espacial Hubble hasta las

computadoras, las cirugías robóticas y los rascacielos, estaba en la tierra cuando Dios creó a Adán y Eva. Dios dio al hombre la comisión de cultivar el potencial de la tierra. Este es un llamado sublime.

Cuarto, por culpa del pecado, el hombre está completamente caído. En contraste con muchas cosmovisiones y religiones, el cristianismo cree que el hombre está caído y su corazón corrompido. Desde la caída y el pecado, toda persona ha nacido con un corazón depravado que no escoge a Dios sin la obra sobrenatural del Espíritu Santo de acercarlo a Cristo (Ro 3:10-18; Jn 14:6; 6:44). En el huerto del Edén, Adán y Eva intentaron deshacerse de Dios en todos los aspectos. Al rechazar Su evaluación del árbol del conocimiento del bien y del mal, proclamaron su derecho de interpretar el mundo como bien les parecía. En el caso del fruto prohibido, Eva decidió que era «bueno» para comer, aunque Dios había declarado que era venenoso, tanto en lo espiritual como en lo físico.

Sin embargo, la desobediencia de Eva no estaba motivada simplemente por el deseo de probar un nuevo sabor, sino más bien de hacer trascender su humanidad hacia lo divino, como se lo había prometido la serpiente (Gn 3:5). En otras palabras, Eva quería escapar a sus limitaciones como criatura y llegar a ser como Dios: infinito y divino. Todo esto no fue más que una mentira y sus acciones desembocaron en muerte. Muchas falsas religiones y cosmovisiones se fundamentan en un deseo por llegar a ser divinos o escapar a la muerte, tal como Dios. Sin embargo, lo que prometen no se hará realidad. El ser humano siempre será un ser creado, finito y limitado.

Al comer del fruto, Adán y Eva también intentaron decidir por sí mismos lo que estaba bien y lo que estaba mal. Intentaron proponer su propia ética y se rebelaron contra lo que Dios había llamado bueno y malo. Aquí tenemos otro aspecto común de los sistemas de creencias no

cristianos: buscan rechazar las leyes de Dios y proponer las suyas. Estos falsos estándares éticos suelen llevar a la eliminación de cualquier restricción, lo que conduce a la violencia, el abuso y la anarquía. Podemos ver esto claramente en los días de Noé (Gn 6:5, 11-12), en el período de los jueces (Jue 17:6; 21:25) y en los últimos días que el Nuevo Testamento predice (2 Ti 3:1-9).

El resultado de la caída es que todas las funciones intelectuales y espirituales naturales del hombre operan de forma equivocada. Ahora, el pensamiento humano está desviado de Dios en rebeldía e ignorancia (Ef 4:17-19). El hombre no es objetivo porque su corazón pecaminoso y malvado le ha dado la espalda a Dios, a la verdad, a la belleza y a la bondad para buscar satisfacerse a sí mismo. El resultado es que el hombre exalta más bien la mentira, la fealdad y la maldad. Es amador de las tinieblas del pecado, más que de la verdad de la luz (Jn 3:19-21; Ro 1:25).

Cornelius Van Til utilizó dos ilustraciones para describir esta verdad. Imagina a un carpintero que ajusta su sierra de mesa con las especificaciones exactas para cortar tablas en ángulo recto. Entonces, sale de la carpintería durante unos minutos para conseguir la madera y, mientras está fuera, su hijo de diez años entra y cambia el ángulo de la sierra. De ahí en adelante, todos los cortes que haga el carpintero serán equivocados y estarán dañados. De la misma manera, Dios nos creó santos y perfectos, con un intelecto, emociones y voluntad que funcionaban de forma correcta. Después de la caída, todas estas facultades están ahora dañadas y, aunque se parecen al diseño original, están desajustadas y no funcionan adecuadamente.

La segunda ilustración de Van Til nos ayuda a entender el sesgo del incrédulo en contra de Dios y de la verdad. Imagina que todo incrédulo tiene pegadas en la cara unas lentes con tinte amarillo. Ahora, todo lo que ve tiene un tinte amarillo. No puede ver los colores correctamente

por culpa de estas gafas. Sin embargo, insiste en que no lleva puestas los lentes y en que ve los colores correctamente. De la misma manera, la caída ha distorsionado el entendimiento intelectual del hombre, de manera que no puede ver con claridad hasta que el Espíritu Santo le quita los lentes en el momento de la salvación. Se necesita de la regeneración de la razón humana para corregir el daño que produjo la caída. Cuando una persona es salva, el Espíritu Santo reemplaza su corazón incrédulo de piedra con un «corazón de carne» que ahora funciona correctamente (Ez 11:19-21; 36:26-27). Él elimina la ceguera espiritual y la reemplaza con vista (Jn 9:39).

Conclusión

Un entendimiento bíblico de Dios y del hombre ofrece muchos caminos poderosos para la apologética. Podemos evitar defender conceptos en los que no creemos. Podemos echar mano de las potentes verdades de la sabiduría y del poder de Dios (1 Co 1:24). Mientras más conozcamos las Escrituras y la sana doctrina, más armas tendremos en esta guerra de ideas. Podremos destruir con mayor eficacia los argumentos y derribar las fortalezas de la incredulidad (2 Co 10:3-5). Conocer lo que creemos es el mejor fundamento para la apologética y la evangelización porque nos da la habilidad para responder a la incredulidad desde cualquier dirección.